



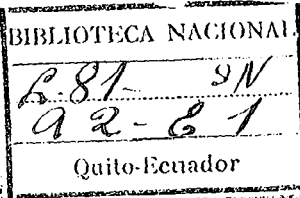
10 E-811-GRAU 9-24

EL  
CUATRO DE MAYO  
DE  
1897



QUITO  
—  
IMPRESA DE ESPEJO  
—  
1897





## EL CUATRO DE MAYO

(1897)

Préstame inspiración, Numen fecundo;  
Préstame, Jesús mío,  
Esos acentos suaves  
Del arpa de David y de Isaías;  
Y ese dolor profundo  
Del triste y desolado Jeremías;  
De las canoras aves,  
Del sollozar del río  
Tomo la inspiración sus melodías;

Callen ya mis cantares juveniles;  
Cese la risa, y broten dos raudales  
De lágrimas mis ojos.  
Canto con triste voz las criminales  
Ofensas á mi Dios, los ináuditos  
Sacrilegios nefandos  
De la ímpia soldadesca despiadada;  
Canto de aquellos mártires benditos  
A los tristes despojos,

Que en la noble Riobamba infortunada,  
Bajo el plomo homicida  
Rindieron al tirano su alma vida.

¿ Por qué ha de ser, Dios mío,  
Que á tu excelsa morada  
Para sólo ultrajarte y ofenderte  
Penetre enfurecido el hombre impío ?  
¿ Por qué tu mansedumbre se anonada,  
Y sufre y cae hasta alcanzar la muerte?  
Antes, ¿ cual Rey tremendo, te bastara  
Al que sólo tocara  
El Arca del Antiguo Testamento  
Quitársele la vida en el momento.  
Baltasar, el sacrilego monarca,  
Profana en su embriaguez los vasos de oro  
Transportados del templo  
Que hubo en Jerusalén, á su comarca;  
Y misteriosa mano  
(¡ Oh digno de mención terrible ejemplo! )  
Le escribe su sentencia al soberano:  
Desaparece el color de sus mejillas  
Al ver esa escritura,  
Su propio pensamiento le tortura  
Y dan una con otra sus rodillas;  
Y en esa misma noche fue cortada  
Su vida al filo de enemiga espada.

Expiras Tú, Señor, en el Calvario  
Y el sol resplandeciente  
Revístese de pronto de escarlata:  
La luna se resiente,  
Y la luz que en los bosques y los ríos  
Derrama dulcemente  
Al través de las nubes, arrebatada.  
Y luego el orbe todo  
En sus anchos cimientos tambalea;  
Y de terrible modo,  
De en medio de las sombras se desata

El rayo, y centellea,  
En luz rojiza ardiendo,  
Con espantable aterrador estruendo.

Empero, en este siglo envanecido  
Impúdicos y ruines Baltasares  
Sumérgense en el fango corrompido  
De sucios y asquerosos lupanares;  
Pierden allí la fe de sus mayores  
Entregados á fiestas disolutas,  
Y apagan la razón con los amores  
De ruines y arrastradas prostitutas.  
Y brindan en los cálices sagrados  
A la luz de una antorella mortecina.  
En oscura taberna congregados  
Los hijos de esa raza viperina.

Y ante tanta maldad y ofensa tanta,  
Tú, callado y paciente,  
Sufres, Señor Dios mio,  
Un nuevo sacrificio en el *sagrario*.  
Allí, en el ara santa  
Convidas dulcemente  
Al justo y al impío  
A gustar de tu amor en el santuario;  
Y el pérfido, el ingrato y el deicida  
A tu amor soberano  
Con blasfemia responde; y con la herida  
Que te causó el soldado  
Traspasa nuevamente tu costado.

---

¡No veis ya, Riobambeños, del tirano,  
Al miserable esbirro  
Profanar iracundo el santo templo?  
Ya despedaza el ara,  
Y el soldado, á su ejemplo,  
El arma ya prepara . . . .  
¡No oís el fragoroso

Estruendo de las batallas repetido  
Ay! el mismo estampido  
Que antes la vida arrebató á Moscoso?  
Ah! Corred y volad, oh Riobambeños;  
Acudid con presteza á San Felipe:  
No importa ser en número pequeños  
Pues que vais á morir como cristianos.  
Mirad que ya destrozan el sagrario. . . .  
Ya cometeu el crimen inaudito. . . .  
Remuevan del Calvario  
Las blasfemias, salivas. . . ; Oh infinito  
Perdonar de Jesús á los humanos!  
Ah! Venid, derramemos nuestra sangre.  
Sirva ella, aunque indigna,  
De rojo corporal á la Hostia Santa;  
Pues su Alteza benigna  
Aceptará gustosa  
De sangre generosa  
Los míseros vapores  
Qual la fragancia de exquisitas flores.  
¡ En vano todo ! . . . ; Inútiles deseos !  
Los criminales, reos  
De tanto horrendo crimen, se desatan  
Al robo, y al pillaje y á la orgía:  
A gente humilde, inofensiva matan;  
Y en el templo, en el ara de María  
(¡ Oh crimen nunca oído !)  
Asesinan, cobardes, al rendido.  
Mas. . . . ¡ Qué digo? qué pienso? qué deliro?  
¿ Es sueño lo que escucho, lo que miro? . . . .  
¡ Ay! triste realidad! El vil tirano  
Que en su furor satánico, iracundo  
Destruir intenta la preclara gloria  
Del pueblo ecuatoriano,  
Y su aureola y el timbre de cristiano,  
No verá, no, á la Historia  
Ni la verá falseada  
Ni sujeta, ante el mundo,  
Al vil capricho de su tosca espada,

Severa, adusta, inexorable, austera  
La Historia en tiempos de serena calma,  
Descubrirá á la América espantada  
Cuanto la iniquidad forjar pudiera,  
E inventara en su negra alevosía  
La bárbara, la imbécil tiranía.

Ya la Historia sentada en la tribuna  
Descubre al pueblo los pasados hechos;  
Y corriendo las hojas una á una  
De su libro inmortal, está siguiendo  
Y luego señalando  
Los sucesos ya prósperos, ya impíos  
Por los enales la Patria Ecuatoriana  
Ha venido pasando,  
Referir de esta suerte la estoy viendo:  
"Callad, oh pueblo; calle la profana  
"Voz de algazara y necios desvarios!  
"Enmudezca un instante  
"En la sien del altivo Chimborazo  
"El viento bramador; y allá, distante,  
"Aplaque su corriente impetuosa  
"En sus floridas playas  
"Y calle atento el tumultuoso Guayas.

"¡Fecha de llanto y de dolor profundo!  
"¡ Oh crimen sin segundo  
"En cuanto abarca la maldad humana!  
"Esconder en la Sangre de la Vida  
"La ponzoña homicida,  
"Y matar la Paloma Ecuatoriana!

"¡Escudriñar un mundanal tesoro  
"En los cálices de oro  
"En cuyo fondo enamorado late  
"El Corazón Augusto del Dios-Hombre....!  
"¿ Habrá quién no se asombre  
"Del sacrilegio, y al Señor no acate?



“Pues si muere el Pastor y sube al cielo;  
“Si el ladrón rasga el velo  
“Del Santo de los Santos ofendido,  
“Y en su necia codicia esperec al lodo  
“A nuestro Rey y Todo,  
“Grande ofeusa al Señor se le ha inferido.

“Pero romper, despedazar el ara  
“Y luchar cara á cara  
“Con el Santo y Augusto Sacramento....  
“Y con manos inmundas *á puñados*  
“Sepultar los sagrados  
“Panes en sus entrañas al momento....

“Y luégo entre confusa algarabía  
“Escanciar á porfía  
“En los vasos sagrados los lieores....  
“Y luégo...; Dios piadoso y justiciero!  
“La Historia al mundo entero  
“Bien quisiera callar tales horrores.

“Anada igualará la maldad ésta;  
“Ni la dura protesta  
“La borrará jamás del libro mío.  
“Cual cómplice, calló toda justicia,  
“Pues la encontró propicia  
“A sus nefandos planes el impío.

“Siempre el puñal preside al sacrilegio:  
“De un próspero colegio  
“De la noble Riobamba é infelice  
“Fue padre y director muy laborioso  
“El jesuita Moscoso  
“A quien hasta hoy la juventud bendice.

“Inclinado rezaba reverenter  
“El soldado insolente  
“Penetra profanando aquel santuario:  
“Hierre, ultraja, dispara enfurecido,

“Y el religioso herido,  
“Al expirar estrecha su rosario.  
“Empero al punto remontóse su alma  
“A recibir la palma  
“Y la roja gualda del martirio.  
“Moscoso fue jesuita; nació azuayo;  
“Murió el cuatro de Mayo:  
“Tronchósele al herir cual casto lirio.”

Dijo, y avergonzada nuestra Historia,  
Por su marchito rostro tristemente  
Dejó correr su llanto.  
¿No escucháis? . . . ¿No miráis aquel quebranto  
Que se marca en la frente  
De aquella muchedumbre que la gloria  
Recibir de la Historia apetecía,  
Y escucha contristada  
Ofensas á la Augusta Eucaristía?  
¿Quién nos diera llorar, Ecuatorianos,  
Y verter por los ojos  
La sangre que discurre en nuestras venas!  
¿Quién nos diera perder todos los vanos  
Apegos á esta vida;  
Y en una hora, un instante, los despojos  
Dejando de este cuerpo, en pronta huida  
Desprendernos del suelo  
Y muriendo por Dios, subir al cielo!

Mirad allí. De la celeste esfera,  
Y entre arboles de encendida grana,  
Ángeles de grandísima hermosura  
Salen á recibir de real manera  
A León, el jovencito, el valeroso;  
Y al santo religioso  
Cuya alba, enrojecida vestidura  
En medio de las nubes resplandece.  
Cíñe éste, cual espada de guerrero  
El arma formidable,

Esa que á Satanás en el Calvario  
Traspasó la cabeza abominable;  
Esa Cruz redentora  
Cuyo nombre al averno lo estremee;  
Ciño esa Cruz Moscoso, suspendida  
De las doradas cuerdas del rosario.

Mas... ¡Dios Santo!... ¡qué miro?...  
¡Oh pléyade de azuayos gloriosa!  
¡Y tú también, Vivar, entre las nubes  
Apareces de lauro coronado?  
¡Y Tello... y Maldonado,  
Víctimas inocentes  
Del odio de los bárbaros tiranos,  
Salís con igual grado  
Ceñidas vuestras frentes  
De coronas de luz resplandecientes...!

Silencio ya! Del sono de las nubes  
Surge un carro de gloria  
Que arranca de esta vida transitoria  
A esos nobles cuencanos:  
Y en majestuoso coro,  
Tras las doradas nubes,  
Al són de un arpa de oro  
Cantan el *Ave Verum* los querubes.

Quito, Junio 10 de 1897

Daniel Grau D.

